

No ves? se inflaman en el limpio cielo  
Auroras ántes al brillar inciertas?  
En justo premio á su ardoroso anhelo  
Corre la Fama de su gloria el velo,  
Y la inmortalidad le abre sus puertas.

(Concluida esta estrofa se alza el telon de fondo y aparece entre nubes el retrato del Dr. Gonzalez, al pié estará formado el cors que entonará el himno siguiente:)

## HIMNO A LA CIENCIA Y A LA CARIDAD.

CORO:

Salve ¡oh Ciencia! déstallo sublime  
Que brotara de luz divinal  
Salve, sa ve cristiana, celeste  
Redentora virtud, ¡Caridad!

VOZ 1.<sup>a</sup>

Es la Ciencia, la estrella que el hombre  
Seguir debe si anhela encontrar  
El oculto, magnífico templo  
Donde habita la Diosa-verdad.

Es la Ciencia lumínica antorcha,  
Cuya fúlgida luz perenal,  
De la senda que lleva á la gloria  
Muestra al hombre la huella inmortal.

CORO.

Salve ¡oh Ciencia! &. &. &.

VOZ 2.<sup>a</sup>

A los séres que negro infortunio  
Aniquila, tras lucha tenaz,  
Ya perdida la vaga esperanza,  
De llegar en el mundo á gozar.

A los séres que cruzan llorando  
De la vida el desierto arenal,  
Tú tan solo consuelo les brindas  
Encantada, gentil Caridad!

CORO.

Salve ¡oh! Ciencia &. &. &.

## ALOCUCION

DEL DR.

JOSE ELEUTERIO GONZALEZ.

ALOCUCION DEL DR. JOSÉ ELEUTERIO GONZALEZ LEIDA AL FIN DE LA VELADA ARTÍSTICO-LITERARIA, QUE EN HONRA SUYA FUE CELEBRADA EN EL TEATRO DEL PROGRESO DE LA CIUDAD DE MONTEREY, LA NOCHE DEL DIA 19 DE ENERO DE 1884.

*Sine amicitia vitam esse nullam.  
Sin la amistad la vida es nula.  
CIC. DE AMIC. 86.*

En esta esplendorosa funcion, señores, que viene á ser, sin duda, la corona de la muy larga serie de felicitaciones, muestras de afecto, obsequios de todo género, y demostraciones de alegría llevados hasta el último extremo, con que los habitantes del magnánimo Estado de Nuevo Leon se han esforzado en probar el grande aprecio que hacen de mi humilde persona, por los pequeños servicios que durante medio siglo he podido prestarles; á mí solamente me corresponde tomar la palabra para manifestar lo mucho que agradezco tan altas pruebas de estimacion, y lo muy satisfecho que ellas han dejado mi espíritu, por las grandes é insólitas emociones que le han causado. Más, aunque hacer esta manifestacion sea para mí un deber sagrado é imprescindible, no me será fácil cumplirlo, porque me faltan palabras para expresar mi gratitud: y me faltan tambien para pintar las sensaciones que en esta ocasion he percibido. Empeñaré, sin embargo, hacerlo, aunque estoy cierto de que lo haré de una manera bien imperfecta.

No estrañéis que yo ne pueda decir con precision que cosa es agradecer, pues ni los más célebres lexicógrafos han podido hacerlo. Yo, despues de pensarlo mucho, me he fijado en que, agradecer es reconocer y confesar un favor recibido, queriend y procurando siempre pagarlo de la mejor manera posible. Por tanto, yo reconozco y confieso que de los morados de Nuevo-Leon, nacionales y extranjeros, he recibido desde que estoy entre ellos, y mucho más en estos últimos dias, multiplicados y grandes favores, los cuales deseo con toda mi alma retribuir, y procuraré hacerlo por cuantos caminos pueda.

Más aunque á todos mis amigos tengo mucho que agradecer, aunque á todos, sin distinción, estoy dispuesto á servir de la misma manera, y aunque yo no quiero hacer diferencia alguna entre ellos; sin embargo, la justicia exige que yo, en esta vez, dé un público testimonio de mi gratitud á los que me han hecho los mayores y más distinguidos servicios, pues ya que no puedo pagárselos, á lo ménos confesaré lo que les debo. ¿Qué retribucion será bastante á pagar los servicios que he recibido de mi querido discípulo el Dr. Juan de Dios Treviño, el cual en Monterey, en México y en Nueva York me ha servido con tal esmero y fineza como lo habría hecho el hijo más amante y tierno? ¿Con qué podré pagar á mi antiguo y caro amigo Don Valentin Rivero, que no contento con prodigarme infinitas pruebas de cariño y con darme grandes y eficaces recomendaciones, para cuantas partes las necesité, me dió su mismo hijo para que me acompañara y me sirviera de intérprete? ¿cuánta gratitud no merecen aquellos de mis amigos, que en número como de doscientos fueron hasta Laredo, solamente por verme? ¿Quién podrá pagar á los niños de las escuelas, la buena voluntad con que en todas partes salian á felicitarme? ¿Quién no agradecerá á los pueblos, desde Lampazos hasta Monterey, que corrian en masa á darme la bien venida? ¿Quién soy yo para que los Ayuntamientos mandaran sus comisionados á ofrecerme sus consideraciones? ¿Quién no se enterneció al ver, en Salinas Victoria, aquella larga fila de niñas hermosísimas, vestidas de blanco y adornadas con bandas tricolores, salirme al encuentro cantando, con la música del himno nacional, unos versos compuestos por mí hace más de veinte años? ¿Cómo podré olvidar jamás los obsequios que recibí en Bustamante de los señores de aquel lugar, siendo uno de ellos su venerable Párroco, que es de mis queridos discípulos? ¿Con qué recompensar podré á los señores empleados de los ferrocarriles Nacional Mexicano y Urbano de Monterey, que, como veremos, hicieron algo más que felicitarme? ¿Cuánto no debo á los Profesores de la Escuela de

Medicina y á mis discípulos, que durante mi ausencia no cesaron de hacer votos por mi salud, que celebraron la noticia de ella con una funcion solemne en accion de gracias, y que no han cesado de darme muestras de adhesion? ¿Cómo será posible que pueda yo echar en olvido la suma bondad del Soberano Congreso del Estado, que para honrarme y perpetuar mi nombre, mandó que á la nueva Villa erigida en la antigua Hacienda de Ramos se llamara "Dr. Gonzalez?" ¿Qué corazon podrá dignamente agradecer la generosidad de la Compañía Gonzalez Alonso, que dió en mi obsequio una magnífica funcion teatral y destinó la mitad de sus productos para la obra de beneficencia que yo quisiese? ¿Qué obligaciones tan estrechas de gratitud no me ligan á la Junta Popular, cuya presidencia se dignó admitir el ciudadano Gobernador, la cual se ocupó desde luego en dar todas las órdenes convenientes para que se me recibiera con honras que ni merezco, ni he merecido jamás, que mandó una felicitacion y un voto de gracias, á nombre del pueblo de Monterey, al insigne Dr. Knapp por el éxito feliz de la operacion que me rest tuyó la vista; y que promovió y ha llevado á cabo, solamente por honrarme, esta funcion tan lucida como agradable? ¿El que tales muestras de consideracion y aprecio ha recibido, como podrá olvidarlas nunca, ni dejar de agradecerlas con toda el alma? Y en vista de todo lo expuesto, qué podré yo hacer para retribuir á mis amigos los nuevoleonenses tantos favores como de ellos he recibido: para retribuirles, digo, no debidamente, sino de alguna manera y en una pequeña parte? Ciertamente que ya muy poco ó nada podré yo hacer para pagar tan inmensa deuda; pero una gratitud eterna para mis amigos abriga mi corazon; y esto es lo único que puedo ofrecerles, porque la vejez y los achaques que le son inseparables me han de permitir que haga tan poco, que será lo mismo que nada.

Bien ó mal he salido de la primera parte de mi tarea; pero al emprender la segunda, me hallo con que absolutamente me faltan las palabras, porque tratándose de sensaciones es preciso haberlas experimentado para saber como son. Así es que para dar una idea de lo que he sentido, no me queda más recurso, que hacer una simple relacion de lo que me ha pasado; para que cada uno se lo imagine.

Siempre que mis conciudadanos, mis amigos ó mis discípulos me daban alguna muestra de aprecio, sobre todo si era pública, sentia yo una emocion de espíritu difícil de explicar, pero que me producian un alborozo muy grande. A fuerza de repetirse estas emociones, en mí llegaron á ordinariarse y ya no me alborozaban,

sino que infundina en mi alma la persuasión de que las gentes que me conocian, me apreciaban mucho más de lo que yo podía merecer, por lo que me consideraba cada día más obligado á corresponder tanto favor. Así vivía tranquilo y satisfecho dando gracias á la Providencia porque me había puesto en medio de un pueblo tan benévolo, porque me había dado muchos y buenos amigos: y porque me había dado también, cosa muy rara, muchos, buenos y agradecidos discípulos. Yo sabía, pues, como ya lo he dicho, que los moradores de Nuevo-Leon me estimaban; pero ni suponía, ni me imaginaba que fuera tanto como los últimos sucesos me lo han venido á demostrar.

Afectado, por los progresos de la edad, de cataratas, este accidente me tuvo enteramente ciego más de un año, cosa que si me mortificaba porque me impedía ocuparme de la práctica de la medicina y de la enseñanza, que habían sido mis ocupaciones ordinarias, más me afligía porque mis amigos todos se afligían conmigo, y consideraban mi ceguera como una calamidad pública. Aún en este estado tan triste, el cariño de mis conciudadanos me proporcionaba algunos momentos de satisfacción: mis discípulos me acompañaban con frecuencia, me leían cuanto quería, me llevaban á visitar sus enfermos y á donde quiera que ellos creían que me sería grato ir. Si salía solo, el primero que me encontraba me daba el brazo para acompañarme; y esto lo hacían no solo mis discípulos, sino cualquier ciudadano, ¡cuántas veces pasando por la puerta de un artesano, éste dejaba la obra que estaba haciendo, corría á darme su auxilio y me acompañaba hasta donde yo quería! ¡Cuántas veces yendo solo por una calle venía corriendo un niño á ofrecerme su tierna mano para guiarme hasta mi casa! Estas cosas que para otros serían insignificantes, para mí eran muy satisfactorias.

La bien merecida fama del Doctor Knapp me hizo emprender un viaje á Nueva York en busca de la luz que faltaba á mis ojos. En esta larga peregrinación me acompañaron mi discípulo el Dr. Juan de Dios Treviño y el jovencito Juan Rivero, los cuales me asistieron con un afecto y un esmero verdaderamente filiales. En los Estados-Unidos pasaban por mis hijos, lo cual era para mí una nueva satisfacción.

Llegado á Nueva York y puesto en presencia del célebre Oculista, este puso su mano sobre mí, abrió mi ojo, y, en un momento indivisible, me encontré con que había salvado el insondable abismo que separa las tinieblas de la luz. Mi dicha era completa, y en aquel instante pensé que el gozo que inundaba mi alma, la emoción que tenía, y el sentimiento de gratitud que abrigaba mi

corazón, habían llegado al último punto de que son capaces en este mundo. ¡Ah! yo ignoraba que á la derecha del Bravo me esperaban sensaciones y afectos mucho mayores y más difíciles de expresar.

Venia yo de Nueva York contento y tranquilo en unión de mis fieles compañeros, bendiciendo á Dios y á la ciencia y habilidad del Dr. Knapp que en mi vejez me habían devuelto con el uso de la vista, la alegría de la juventud, cuando hé aquí que al atravesar las aguas del Bravo oí repentinamente las sonoras y agradables notas del himno nacional mexicano, y levantando la cara ví la ribera derecha del río poblada de algunos centenares de personas cuyos rostros eran para mí bien conocidos. Todos, incluso los músicos, eran amigos míos, que abandonando sus hogares se habían lanzado á ochenta leguas de distancia para ir á encontrarme en aquel punto. Yo no sé lo que sentí en aquel momento, mi primer impulso fué postrarme en tierra y besar el suelo santo de la Pátria, pero estaba apoyado en los brazos de mis compañeros de viaje y no pude hacerlo. Entónces marché como empujado por un impulso superior, y me encontré rodeado de mis amigos, que con las más vivas demostraciones de alegría me felicitaban y se congratulaban conmigo. Un apreciable amigo mío, con voz conmovida y trémula, me dirigió, á nombre del Colegio de Abogados, una sentida y elegantísima alocución, que yo por el desorden que reinaba en mi alma, apenas pude comprender. De allí, en medio de aquella multitud frenética de alegría fui llevado á la inmediata Villa de Nuevo Laredo, en donde fuí objeto de todo género de atenciones. Allí me felicitó una comisión de los Obreros de aquel a Villa, allí los Sres. Palacio me ofrecieron su casa por alojamiento, sirviéndonos un espléndido almuerzo, allí pasaron á felicitarme hasta once comisiones mandadas, una por el R. Ayuntamiento de Monterey, otras por las escuelas superiores del Estado, y otras por diferentes corporaciones; y allí los señores empleados del ferrocarril nacional mexicano, me cumplieron también y pusieron á mi disposición un tren expreso para que trajera á mis amigos. Al siguiente día en las poblaciones de Lampazos, Bustamante, Villaldama, Salinas y San Nicolás de los Garzas, se repitieron las mismas escenas que en Laredo, con la muy tierna y grata diferencia de que los principales felicitantes eran los niños y niñas de las escuelas, que llenos de entusiasmo me saludaban tremolando sus banderas, dando gritos de alegría y aplaudiendo con sus manecillas.

Llegamos, por fin, á Monterey, la multitud que ocupaba la estación era inmensa; no me acuerdo haber visto otra reunión tan nu-

merosa. Los señores de la Compañía del ferrocarril urbano pusieron á mi disposición sus wagones para que viniera yo y trajera á los que me acompañaban. La muchedumbre que llenaba las calles desde la Estación hasta la Catedral era numerosísima, los niños de las escuelas públicas y privadas, á manera de soldados, formaban una valla vistosísima que era sin duda el mejor adorno de esta fiesta. Entré en la Catedral, que estaba enteramente llena de gente, y se me recibió con un solemnisimo "Te Deum", que es la oración clásica con que los católicos dan gracias á Dios por los beneficios que reciben. En esa memorable noche y en todo el día siguiente recibí las felicitaciones de las autoridades, de mis amigos, de las corporaciones, de los presos de la cárcel, y de las comisiones de niños de todas las escuelas que vinieron á poner en mis manos los estandartes que les habían servido el día anterior para sus formaciones, cuyas prendas conservaré como un recuerdo gratísimo de esta función, que ha sido para mí la más solemne y agradable de mi vida.

Y en esos tres días, que forman la época más señalada y memorable de mi larga existencia. ¿Qué sentí? ¿Qué pensé? Yo creo que cualquiera puedo imaginarlo; pero que yo no puedo decirlo. Un verdadero tumulto de ideas y de sensaciones, que no me dejaba ordenar mis pensamientos ni darme cuenta de lo que me pasaba, una emoción continua, un alborozo incesante, eso era todo: si estaba despierto era un tronco que nada discurría, y si llegaba á dormir era para ver turbas inmensas de gente y encontrarme rodeado de millares de niños, los unos agitando en el aire sus estandartes tricolores, y los otros palmeando con entusiasmo.

Pasadas las primeras impresiones y restablecida en mi espíritu la calma, procuré decir lo que había pasado, y no pude: en mi memoria busqué alguna cosa con que comparar lo que había sentido, y nada pude hallar. Entonces me acordé que el Rey Profeta cuando quiso pintar los sentimientos de su corazón solamente dijo, que lo habían cercado dolores de muerte, que sus huesos habían sido conturbados, que su alma había sido derramada como el agua, y otras expresiones de este género, las sensaciones son, por su misma naturaleza, indescriptibles.

Fuí después á la Villa de Santiago, llevado por uno de mis mejores amigos, y allí fuí saludado con las mismas muestras de júbilo y las mismas consideraciones que en los pueblos del Norte. De las demás Villas del Estado he recibido cordiales felicitaciones, las he recibido también de algunos discípulos y de amigos residentes en lugares lejanos, ya dentro de nuestra República y

ya fuera de ella; y aún aquí mismo, en esta hora se celebra en mi obsequio esta lucidísima fiesta. Y todo esto ¿qué significa? ¿á qué se dirige? ¿para qué se hace? Para felicitarme, porque recobré la vista, á un pobre viejo, que ha servido poco, y en lo sucesivo servirá ménos. ¡Ah! Mis amigos que son todos los moradores de Nuevo-León, en sus manifestaciones de afecto, á fuer de agradecidos, van mucho más allá de lo que podía y debía esperarse de ellos. Como quiera que sea, yo en esta vez he llegado á conocer la grande estimación en que me tienen, y no puedo ménos que exclamar: ¡Oh dicho a ceguera que me has hecho ver semejantes demostraciones de aprecio!

Finalmente echando una mirada sobre cuanto me ha pasado, desde que comencé á cegar hasta este momento, puedo decir: que siempre he recibido muestras de simpatía y estimación: que hice largos viajes acompañado y servido no por gentes mercenarias, sino por amigos muy fieles que me prodigaron cuidados muy exquisitos: que desde México hasta Nueva York en mis compromisos solo hallé verdaderos hermanos, que con el mayor desinterés y benevolencia pusieron á mi servicio su ciencia y su destreza: que en todas partes gozé de todas las comodidades de la vida, gracias á las recomendaciones y órdenes de mis amigos; y que al volver con el uso de mi vista se me han prodigado todo género de manifestaciones de cariño, y se me ha proporcionado toda especie de satisfacciones. De todo esto naturalmente se deduce: que la felicidad y bienestar del hombre, no estriba ni en las riquezas ni en los honores, sino en tener muchos y buenos amigos; y que, por el contrario, el egoísta, que encerrado en sí mismo, sin relaciones amistosas con nadie, carga con el desprecio de cuantos le conocen, indefectiblemente debe pasar una existencia inútil é infelicitísima. Por eso dijo, con tanta razón como verdad, el grande orador romano: "*Nula es la vida si le falta la amistad.*"

IV.

CONCLUSION.

No se limitaron á lo descrito las demostraciones hechas á Gonzalitos con motivo de su feliz curacion y de su regreso á Monterey; sino que durante los dias que sucedieron al de su llegada, estuvo recibiendo mil otras tan sinceras y significativas, si bien no colectivamente formuladas como aquellas.

Innumerables cartas gratulatorias por distinguidas personas suscritas, y multitud de telégramas, vinieron en esos dias á patentizar al Sr. Dr. que fuera de Monterey y del Estado, y aún en tierra extranjera, contaba con buenos amigos que seguian con interés los accidentes de su viaje, y que se apresuraban á felicitarlo por su regreso.

Todos los periódicos de Nuevo-Leon y muchos otros, ya nacionales, ya extranjeros, publicaron artículos encomiásticos, datos biográficos, tan justos como honoríficos, ó sentidas felicitaciones con motivo de las fiestas organizadas en honor de nuestro modesto sabio.

Finalmente, al disponer en favor de los desgraciados, de las sumas colectadas con tal fin, pudo el filántropo Dr. persuadirse una vez más, de que su corazón era perfectamente comprendido; ya que se le ofrecía como presente de bienvenida, la ocasión de ofrecer el bien como el mayor de los placeres en que siempre se ha gozado su alma generosa.

Sentimos no dar lugar en estas páginas á las piezas de que al principio hacemos referencia, así como á la música de los Sres. Melo, Llano y Francesconi, que quisiéramos se conservara con todo lo relativo á la fiesta; pero dificultades insuperables nos han privado de esa satisfaccion.

Hemos concluido: ¡Quiera el cielo sirvan estas páginas de ejemplo, y lo que de la presente generacion ha merecido Gonzalitos, lo merezca y lo obtenga otro génio semejante á él, de la generacion que hoy comienza, de la de nuestros hijos!

*La Comision.*

